

Pedroso ayer, hoy y mañana



Carlos Fuentes

Asocio a don Manuel Pedroso, de manera inmediata, con largas caminatas que recrean en mi espíritu lo que aparentaba la Ciudad de México hacia 1952. Don Manuel era un maestro al estilo medieval. Un profesor que no cerraba la lista de asistencia al terminar la clase, sino que proseguía su magisterio acompañado siempre de al menos media docena de alumnos, de la Facultad de Derecho en la calle de San Ildefonso hasta la casa de don Manuel en la colonia Cuauhtémoc.

México era entonces una ciudad caminable y el paseo de los estudiantes con el maestro era reposado y lo marcaban hitos bibliotecarios. De San Ildefonso a la librería de Porrúa Hermanos en República de Argentina, donde los volúmenes intocables se organizaban en anaqueles tan lejanos como las mujeres de la Quinta Avenida de Tablada o tan ilusorios como un espejismo en el desierto del Sahara. Los mostradores eran barreras insalvables a donde el lector llegaba obligado a saber de antemano qué deseaba comprar.

Era como un regreso a la época de Gutiérrez Nájera y contrastaba, tras el cruce del Zócalo y su rumor soterrado de tzompantlis y coatepantlis debajo de la arquitectura barroca, con el hito siguiente: la Librería Americana de la Avenida Madero, donde Robert Hill nos dirigía hacia las novedades que él escogía e imponía con severa afabilidad. Todo lo contrario de la

etapa siguiente, la Librería Francesa de Reforma frente al Caballito, donde la cartesiana sonriente que era Huguette Balzola no sólo nos dejaba husmear a nuestras anchas las estanterías de libros que entonces llegaban a México dos semanas después de publicarse en París, sino que nos invitaba a sentarnos a charlar y tomar café.

Sólo nos quedaba una estación en la vía bibliófila: la Librería Británica de Villalongín, entre el Monumento a la Madre y el edificio con patas, como decía Julio Torri del que albergaba, con modernidad desafiante, al Registro de la Propiedad. En la Británica, nuevamente, Irene Nicholson ponía a nuestro alcance la libertad de recorrer, hojear y encargar.

Era increíble que en una ciudad de cuatro millones de habitantes, existiese esta red de librerías con la facilidad de encontrar o recibir las publicaciones internacionales más recientes. Fuimos formados, Sergio Pitol y Raúl Ortiz, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero, Mario Moya Palencia y Porfirio Muñoz Ledo, por esta disponibilidad bibliográfica que era enriquecida, al final de la caminata, por el café que nos aguardaba en el quinto piso de la calle de Amazonas donde don Manuel y Lita, su mujer, caminaban, comían, conversaban, recibían, entre paredes cargadas de libros, cumpliendo así el *desideratum* de Jorge Luis Borges (o Borgués): el Paraíso es dormir rodeado de libros.

No eran, los de don Manuel, libros a secas. Eran joyas recuperadas. Eran tomos vueltos a nacer. La gran biblioteca de Pedroso en Sevilla, donde era Rector de la Universidad, fue saqueada e incendiada por las tropas bárbaras del General Franco, eco comprobable del grito igualmente bárbaro del cosido y recosido general Millán Astray: “Muera la inteligencia”. En esa hoguera de libros, en ese aullido de la muerte, se cifra no sólo el discurso del fascismo español, sino la razón —simbólica y fáctica a la vez— del éxodo republicano que trajo a Pedroso a nuestras tierras.

¡Cuánto nos dieron esos seres excepcionales que no se rindieron jamás ante la dictadura, sino que la avergonzaron para siempre y la desnudaron por completo! Se fueron los mejores, pero al irse no abandonaron a España. Fueron ellos y ellas, la España Peregrina que reservó sus frutos para un futuro español mejor y los entregó a un mejor presente mexicano.

Emilio Prados, Luis Cernuda, Miguel Altolaguirre, Agustí Bartra, León Felipe, poetas; Max Aub, narrador; Adolfo Salazar, musicólogo; Luis Buñuel, cineasta; Francisco Giner de los Ríos y Félix Candela, arquitectos; José Moreno Villa y Elvira Gascón, pintores; Margarita Nelken y Ceferino Palencia, críticos de arte; Cipriano Rivas Cherif y Álvaro Custodio, promotores teatrales; José Gaos, Eduardo Nicol, Gallegos Rocafull, María Zambrano,



Catedral Metropolitana — Luis Márquez

Joaquín Xirau, filósofos; Joaquín Diez Canelo, Juan Grijalbo, Eugenio Ímaz, editores; Eulalio Ferrer, publicista; y los juristas y profesores de derecho Néstor de Buen, Luis Recasens Sitges, Niceto Alcalá Zamora, Mariano Ruiz Funes y Manuel Pedroso.

Don Manuel se había formado en Alemania, de acuerdo con el proyecto europeo de Ortega y Gasset, destinado por un tiempo corto en años y largo en trascendencia, a desmentir el dicho: “África empieza en los Pirineos” y a recuperar una tradición abierta y civilizatoria, interrumpida una y otra vez por la España inquisitorial, racista, de hidalga incuria y cerrazón eclesiástica; y recuperada una y otra vez también por el humanismo indolegable de Jovellanos, el sueño de la razón de Goya, la perspectiva crítica de Blanco White y la narración de la nación por Pérez Galdós y Leopoldo Alas “Clarín”.

A veces, ser aristócrata y de izquierda es una garantía contra la corrupción y don Manuel fue eso. Jamás sacó a relucir su título de nobleza. Tampoco, su militancia socialista. Pero ambas —alcurnia de sangre y conciencia de pueblo— configuraron las preferencias intelectuales de Pedroso y, lo que más contó para nosotros, sus estudiantes privilegiados, su manera de impartir enseñanza.

Debo admitir que muchos de nosotros, a principios de los cincuenta, teníamos serias reservas acerca de los métodos de enseñanza en la Facultad de Derecho. Al-

gunos, como Flores Olea, González Pedrero y yo mismo, habíamos pasado ya por universidades europeas donde pervivía el estrecho contacto entre maestros y alumnos, como sucedió en las primeras universidades del Viejo Mundo, Bolonia y París. Nuestra Facultad de Derecho sufría de plétora, debido al gran número de estudiantes (índice de una generosa apertura) pero sin la organización de grupos más reducidos que mantuviesen contacto más estrecho con sus profesores. No era el número el problema, sino la plétora de clases de cien o más alumnos, en vez de tener más cursos de veinte alumnos.

A unos veinte limitaba don Manuel sus cursos de Teoría del Estado y Derecho Internacional Público. La calidad se conllevaba con la cantidad. Y, lo que es más importante, Pedroso no atiborraba a los estudiantes del indigesto total de la teoría política de Platón a Gramsci, manera de saberlo todo sin entender nada.

Pedroso nos limitaba a la lectura de tres libros esenciales: *La República* de Platón, *El Príncipe* de Maquiavelo y *El Contrato Social* de Rousseau.

Leamos a fondo tres libros durante el año y sabremos más de teoría del estado que si pasamos volando sobre cuarenta autores.

Ahora bien, ¿por qué sólo tres autores y por qué *esos* tres autores?

Sólo tres porque Platón, Maquiavelo y Rousseau son filósofos de frontera, situados en el filo de la navaja entre épocas distintas, pensadores de transición de un tiempo a otro diferente, ubicados, como dice el poeta romántico francés Alfred De Musset, del fin de la era napoleónica en Francia, con un pie en el lodo y el otro en el surco.

Y sólo tres porque cada uno era un centro solar en torno al cual giraban otros grandes pensadores, iluminados, así fuese controversialmente, por las lámparas del griego, el florentino y el ginebrino.

Platón representa tanto la culminación como la crisis del ideal de la *paideia*, es decir, de la educación en su más alto grado espiritual. Lejos ya del ideal heroico de la epopeya homérica, Platón inserta el ideal educativo no en un origen épico ni en un desenlace político, sino en la *continuidad* de un ideal de cultura como principio for-

mativo del individuo, pero del individuo, precisamente, en sociedad.

Pedroso daba al pensamiento platónico, como *paideia* o ideal formativo del individuo y la sociedad, un amplio devenir histórico. Los valores de la educación ni aparecen ni se cumplen por *fiat* divino. No son instantáneos. Requieren tiempo y el tiempo es definido por Platón como la eternidad cuando se mueve.

Evocaba Pedroso el gran libro de Werner Jaeger, *Paideia, los ideales de la cultura griega*, para describir el ideal de una educación naciente “que se desarrolla en el suelo de un pueblo y persiste a través de los cambios históricos”. La educación en la ciudad, es decir, *política*, en la *polis*, “recoge y acepta todos los cambios de su destino y todas las etapas de su desarrollo histórico. “Sería un error fatal ver en la voluntad de forma de los griegos una norma rígida y definitiva”, concluye Jaeger.

Creo que esta lectura de Platón es esencial para entender el pensamiento de Pedroso y la cualidad de su magisterio. No pasaba por alto don Manuel los aspectos negativos de un determinado pensamiento político. Por ejemplo, la propuesta aristocrática de *La República* ha de ser considerada en su contexto histórico y aun nominativo. Para Platón, aristocracia es el gobierno de los mejores, en contradicción con timocracia (el estado militar), oligarquía (el estado plutocrático) y democracia (que en el vocabulario platónico se asimila a la voluntad irresponsable).

Pero si éstas son categorías nacidas de la crisis de la Ciudad-Estado griega, hay valores que las trascienden y que se proyectan más allá de cualquier coyuntura. En el *Gorgias*, Sócrates lo explica: la ética es la regla soberana de la vida pública y privada, en oposición al oportunismo. Si para Platón la ética política adopta la forma del estado aristocrático como para nosotros encarna en el estado democrático, lo cierto es que, más allá del nominalismo, Platón le propone a *La República* —la suya y la nuestra— el problema ético de la justicia. ¿Quiénes son, pues, los gobernantes ideales de la república de Platón? Son los filósofos. Primero, porque tienen una idea más clara de la justicia como forma del Bien. Segundo, porque se sujetan a la severidad de

la dialéctica, que en Platón, notoriamente, se da en el proceso del diálogo. Y el diálogo, al desarrollarse mediante preguntas y respuestas, asegura la sabiduría, el conocimiento y la educación.

Pongo este ejemplo de cómo Pedroso podía, sin traicionar la circunstancia histórica de una obra de teoría política, insertarla en un devenir dialéctico que se sostiene en las formas conjugadas de la ética y de la educación. La circunstancia política se desvanece. La verdad ética *permanece* y su nombre es *educación para la justicia*.

La propedéutica del maestro Pedroso vuelve a brillar en su interpretación de la segunda obra de nuestro año universitario: *El Príncipe* de Maquiavelo. La mala fama que acompaña como una sombra fatal a este libro parte de una confusión. Maquiavelo no nos está diciendo lo que *debe* ser (como Tomás Moro en su *Utopía*) ni lo que *puede* ser (como Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura*) sino, llanamente, *lo que es*. Claro que el florentino tiene un propósito ulterior y éste es la unificación de Italia, hecho que sólo ocurrió tres siglos después de la publicación de *El Príncipe*.

Lo que Pedroso supo, brillantemente, distinguir, fue el reverso de la medalla maquiavélica.

Tres son los pilares que sostienen el edificio teórico de Nicolás Maquiavelo: la necesidad, la virtud y la fortuna.

La necesidad puede ser *via scelerata* para llevar al poder. Asesinato. Traición. Infidelidad. Tales son las vías nefandas para llegar al poder, ¿en nombre de qué? De la necesidad.

Igualmente, *la virtud*, la emplea el Príncipe para disfrazarse. Es la máscara de la simulación. Es la pura apariencia que necesita el Príncipe para mostrarse en sociedad. Lo importante no es tener la virtud, sino parecerla. Es desastrosa para el gobernante que la toma al pie de la letra.

Y por último, *la fortuna*, cualidad voluble que el machista Maquiavelo identifica con la mujer. La virtud, dice, deriva de *vir*, la virilidad, la hombría. La fortuna es voluble como la mujer. El príncipe no puede depender de ella. Es perversa. Nos amenaza, dice el muy misógino Maquiavelo, cuya mujer, Marietta Corsini, la su-

frida cónyuge, nos dijo: “Al casarme con Maquiavelo, tiré al diablo mi virginidad y mi fortuna”.

Maquiavelo hace grandes distinciones políticas que les ruego no aplicar a situaciones actuales.

Distingue entre principados hereditarios que se mantienen con facilidad porque aprenden a contemporizar con todos, distribuyen aspirinas, ponen parches aquí y allá y dan atole con el dedo.

Más difícil es la situación de los principados nuevos. Ofenden a los desalojados. Se ganan la enemistad, a veces poderosa, del antiguo orden. El nuevo príncipe crea expectativas demasiado altas. Deja insatisfechos a sus amigos y sus defensores son tibios. El pueblo, incrédulo, se percató pronto de la falta de experiencia del nuevo príncipe, cuyo primer error —dice puntualmente Maquiavelo— cuyo primer error es su gabinete.

Para suplir debilidades, Maquiavelo acude, bueno, al maquiavelismo. El Príncipe, nos dice, debe ser temido pero no odiado. Debe distribuir los beneficios con gotera, poquito a poco. Las injurias, en cambio, debe asestarlas de un solo golpe.

Ah, suspira el marido de Marietta Corsini, ah, el Príncipe siempre vive con el mismo pueblo. El pueblo puede cambiar al Príncipe, pero el Príncipe no puede cambiar al pueblo.

Hay otra cara de la medalla maquiavélica y es la que Pedroso, en su afán de equilibrio y enseñanza, nos hacía apreciar.

Necesidad, sí, pero necesidad no forzosamente *scelerata* o canalla, sino también positiva, cuando es un estímulo para la acción política. Dar a cada quien según sus necesidades, pedía Marx. Y contemporáneamente, el ex presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso convierte el viejo dicho: “La política es el arte de lo posible”, en otro más positivo: “La política —dice— no es el arte de lo posible. Es el arte de hacer posible lo necesario”.

Por eso Pedroso nos recordaba, leyendo a Maquiavelo, que la necesidad puede ser el libre albedrío en acción, de acuerdo con una poco citada idea de Maquiavelo:

“Nadie puede arrebatarlos esa parcela de libertad que Dios nos dio a cada uno de nosotros”.



Torre Latinoamericana — Luis Márquez

¡Qué extraordinaria triada, ésta que aparece en los primeros años del siglo XVI: *El Príncipe* de Maquiavelo, la *Utopía* de Tomás Moro y el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam!

Maquiavelo fracasó en su lección acerca de lo que es. Sus recetas no sirvieron para procurar la unidad nacional italiana, aunque, si hemos de creerle al propio Maquiavelo, sí le sirvieron a Fernando el Católico para consumir la unidad política española. Pero, claro, don Fernando tenía a su lado a una esposa nada caprichosa, sino tan fuerte o más que él, Isabel la Católica.

Tomás Moro fracasó en su ideal de la comunidad utópica. Imposible en la Europa renacentista devastada por la ambición de poder, las guerras dinásticas, las rivalidades comerciales y los conflictos religiosos, Montaigne y Shakespeare, Americo Vespucio y Vasco de Quiroga, pensaron que el Nuevo Mundo podría ser la tierra de Utopía. Pero Utopía, U-topos, es por definición el lugar que no existe. Y si alguna vez existió, las duras consecuencias de la Conquista —la esclavitud, la destrucción de grandes culturas, el trabajo en la mina y la hacienda— pronto dieron al traste con América como Utopía, dejándonos, sin embargo, una pesada herencia: la obligación de ser felices.

Erasmo es quien sale mejor librado. Su *Elogio de la locura* es un oportuno llamado a conciliar las verdades de la fe y las verdades de la razón. Lutero y la Contrarre-



Antigua Escuela de Jurisprudencia

forma acabaron con ese ideal. Su verdad, empero, estaba inscrita en las palabras de San Pablo: “La locura de Dios es más sabia que el más sabio de los hombres”. Palabras que serían las de Pascal: “Los hombres están tan necesariamente locos, que sería una locura, dándole otro giro a la razón, no estar del todo locos”.

Pero la descendencia más fecunda de Erasmo es nada menos que *Don Quijote de la Mancha*, la novela más triste que se ha escrito, dijo Dostoyevsky, porque es la historia de una ilusión perdida. Y sin embargo, locura de la lectura, ¿qué es la novela de Cervantes sino la historia de la verdad salvada por la mentira?

Platón escribe en la era crítica de Grecia: perdida la epopeya, sufrida la tragedia, el Estado-Ciudad transita incierto entre la cultura del pasado y la cultura por venir.

Maquiavelo escribe cuando las grandes promesas del humanismo renacentista —todo es posible, sólo despreciamos lo que ignoramos— son negadas por las necesidades de los nuevos Estados-Nación beligerantes y colonizantes.

Juan Jacobo Rousseau, finalmente, escribe a medida que se abre la honda fisura entre el poder absoluto de los reyes y la aspiración revolucionaria de la democracia y los derechos humanos. Escribe en vísperas de la crisis de la antigua economía agrí-

cola y artesanal y el despertar de la revolución industrial. Escribe entre la corte real de Luis XV y la corte burguesa de Honoré de Balzac.

Rousseau es el padre del romanticismo y la esencia de este gran movimiento que pervivió hasta el siglo XX, es la restauración de la unidad perdida. Alguna vez, en la Edad de Oro, el hombre era dueño de su propia unidad. Ahora, vive disperso. Antes, el hombre era libre. Ahora, está en cadenas. ¿Cómo restaurar, si no, una completa y quizás ilusoria unidad perdida, al menos una semblanza de identidad recuperada?

Mediante un contrato social dictado por una soberanía popular inalienable y, sobre todo, no delegable. Al contrario de los pragmáticos ingleses o el sereno Montesquieu, el romántico Rousseau no admite que la soberanía sea objeto de representación fuera de su origen mismo, el pueblo. Si culturalmente el romanticismo busca restaurar la totalidad perdida, políticamente esa totalidad indelegable puede desembocar en el totalitarismo.

“Una humanidad liberada no sería, de manera alguna, una totalidad”, advierte T. W. Adorno. Y añade: “Un mundo justo sería intolerable para cualquier ciudadano de nuestro mundo fallido”. Y concluye el filósofo de Frankfurt: “Estamos demasiado dañados como para ser redimidos”.

Si cito a un filósofo moderno, es porque Adorno me abre la puerta a una dimensión romántica —la sensual— que acaso, para Pedroso, redimía al filósofo de Ginebra de lo que hoy llamaríamos la tentación totalitaria.

Porque Pedroso, con su aspecto de figura pintada por El Greco, su porte de caballero español con la mano al pecho, su dignidad generosa semejante a la del Caballero del Verde Gabán en el *Quijote*, era también un sensualista romántico, un rousseauniano cuyas confesiones exploran un Paraíso sin Dios pero con muchas Evas.

El corazón tiene su propia historia, escribe el ginebrino en sus *Confesiones* de 1770 y la historia del corazón no puede ser agotada por el pensamiento porque su propósito, el objetivo increíble del alma es ni más ni menos que la recuperación del Paraíso y el Paraíso de Rousseau son las recámaras donde las bellas mujeres se confiesan a Rousseau y Rousseau se confiesa a ellas.

¿Cuál es el contrato del amor?

¿Y cuál, su soberanía?

Yo imagino que Manuel Pedroso, quien celosamente guardaba retratos de algunas inquietantes mujeres de Berlín, que se coronó de placeres entre la Constitución de Weimar y el estreno del *Ángel Azul* con Marlene Dietrich, asociaba secretamente su interés hacia Rousseau el filósofo con su pasión por Rousseau el amante.

Acaso este nervio sensual le hacía admirar a Rousseau ayer más de lo que, después del trágico siglo XX, le admiramos hoy. Pero esto me devuelve a la inteligencia de don Manuel para extraer del pensamiento político una verdad no anclada en determinada época, sino fluida, capaz de decirnos algo importante hoy.

Y para Pedroso la importancia actual de Rousseau era que fue el primer teórico moderno de la soberanía —por no decir, el descubridor de ese continente del derecho público.

Sin embargo, nada le ha sido criticado con mayor vehemencia a Rousseau que su teoría de la soberanía. El poder soberano, escribe Rousseau, es por esencia ilimitado. “Lo puede todo o no puede nada”. El pueblo soberano es la autoridad legislativa de la comunidad. La soberanía es inalienable e indivisible. La voluntad general,

por ello mismo, no puede ser atribuida a nada y a nadie.

Una mala lectura de Rousseau ha conducido a creer que el filósofo no admite limitación alguna a las prerrogativas del pueblo soberano. Pedroso sabía que esto no era así, porque ello conduce a la tiranía de la mayoría, de acuerdo con la famosa crítica de Rosa Luxemburgo a Lenin:

“La libertad sólo para quienes apoyan al gobierno, sólo para los miembros del partido, por numerosos que éstos sean, no es de ninguna manera libertad. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para los que piensan distinto...”

¿Fue culpable Rousseau de proponer precisamente una tiranía de la mayoría contra la minoría? Pedroso argumentaba contra esta crítica con un razonamiento vigoroso y simple: la existencia de la soberanía depende de la calidad de la voluntad general y ésta no es excluyente, es incluyente y encarna el deseo compartido por todos de alcanzar el bien común. La soberanía política no deja afuera a nadie.

La importancia que Pedroso daba a Rousseau, como primer teórico moderno de la soberanía, se relacionaba íntimamente con las enseñanzas de nuestro profesor acerca del derecho internacional, donde, lo olvidamos con frecuencia, la soberanía es un concepto limitante del poder internacional de los Estados, no una autorización a proceder sin límites.

El derecho de gentes nació en España a partir de la defensa de la población indígena de las Américas por Vitoria y Suárez, creando un conjunto de derechos y obligaciones recíprocas entre los nuevos Estados-Nación del Renacimiento. El holandés Hugo Grocio, en su obra *El derecho de la guerra y de la paz* (1625) ofrece un cambio revolucionario. En la Edad Media, la guerra era la norma y la paz la excepción. A partir de Grocio, la paz ha de ser la regla y la guerra la excepción. Para ello, es preciso crear un cuerpo de leyes que, limitando la soberanía irrestricta de los nuevos Estados nacionales, les sujeta a normas de relación interestatal, entre ellas las que deben regir a la guerra justa.

Pedroso ayer, hoy y mañana.

¿Qué pensaría nuestro viejo y admirado mentor del actual desorden internacional?



Palacio de Bellas Artes — Luis Márquez

Cuando Pedroso enseñaba en la Facultad de Derecho, la Segunda Guerra Mundial acababa de terminar y en San Francisco la comunidad internacional intentaba crear un orden jurídico para la postguerra.

En 1945, los Estados Unidos de América salieron vencedores de la guerra sin las pérdidas humanas y materiales sufridas por Europa o Asia y con un dominio sobre el 50% de la producción mundial. Sin embargo, desde esta posición de fuerza y dueños del arma atómica, el Presidente Truman pudo decir en la tribuna de la nueva Organización de las Naciones Unidas en San Francisco:

“A todos nos corresponde reconocer, sin importar el tamaño de nuestra fuerza, que los Estados Unidos debemos negarnos a nosotros mismos la licencia de actuar como nos plazca.”

Qué lejos están estas palabras de la arrogancia de George W. Bush —el presidente selecto de los Estados Unidos— cuando nos informa —lo cito— que: “Los Estados Unidos son el último ejemplo sobreviviente del progreso humano”, o cuando su Consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice declara: “Olvidemos los intereses de una comunidad internacional ilusoria”.

Tomo uno por uno los principios de una guerra justa que Pedroso nos enseñó:

La guerra justa requiere: 1. Autoridad competente. 2. Justa causa. 3. Recta intención. Y 4. Éxito.

Hemos asistido —estamos asistiendo— a una violación masiva de estos principios que, herido por la guerra de España y la intervención en ella de las potencias nazi-fascistas, Pedroso tenía por irrenunciables en una comunidad internacional justa.

Autoridad competente. El gobierno de Bush pasó por encima del Consejo de Seguridad de la ONU, usurpando sus funciones y evadiendo la autoridad otorgada a los inspectores de armamentos en Irak.

La ONU autorizó la *inspección*, no la *invasión*, de Irak.

Justa causa. La causa invocada para el ataque unilateral a Irak fue la posesión de armas de destrucción masiva por Sadam Hussein. Tales armas no se han encontrado ni se encontrarán, pues como advierte el ex canciller británico Robin Cook: “Las armas de destrucción masiva requieren una planta industrial importante y una enorme fuerza laboral. Es inconcebible que una y otra hayan permanecido ocultas durante los meses que llevamos ocupando Irak”. No es justa causa, escribió Grocio en el siglo XVII, “gobernar a otros contra su voluntad porque es bueno para ellos”.

Recta intención. La intención declarada de la guerra contra Irak era la posesión de

armas de destrucción masiva. En ausencia de éstas, hemos asistido a un popurrí de explicaciones torcidas disfrazadas de intenciones rectas. Como no hubo armas, rápidamente se invocó como intención real derrocar a un tirano, Sadam Hussein. Este abominable dictador —que lo era— fue criatura de los gobiernos de los Estados Unidos, que lo mimaron, armaron y apoyaron durante la década de los ochenta como aliado contra el Irán de los Ayatolas. ¿Quién no conoce la foto del actual jefe del Pentágono, Donald Rumsfeld, saludando efusivamente a su “cuate” Sadam en 1983? ¿Hacia dónde miraba el gobierno norteamericano cuando Sadam masacró a noventa mil kurdos en 1988? Y si el motivo de la guerra contra Sadam fue derrocar a un tirano, cabe preguntarse, ¿quién sigue? ¿Mugabe en Zimbabue? ¿La represiva junta militar birmana? ¿El déspota norcoreano Kim Jung II, él sí en posesión de armas de destrucción masiva y ufanándose de ello? ¿El tirano libio Muamar El Kaddafi, especialista en derribar aviones de pasajeros y ahora, como Sadam en los ochenta, niño mimado de la Casa Blanca?

Como esta causa tampoco se sostiene, viene la tercera justificación: la guerra contra el terrorismo. Pero, ¿no desvió el ataque a Irak la atención mundial hacia el terrorismo a una dictadura laica, la de Sadam, que no dejaba entrar a un miserable terrorista y fundamentalista islámico por sus fronteras de fierro? Y hoy, ¿no se ha convertido Irak en lugar de cita del terrorismo en medio de la confusión y anarquía de un país que deriva hacia la guerra civil entre facciones kurdas, sunís y chiítas?

¿Qué queda como razonamiento para la guerra, en ausencia de causa justa y recta intención? Simplemente, queda el petróleo. Irak tiene las segundas reservas mundiales, después de Saudi Arabia. Ya apareció el peine: violando la 4a. Convención de Ginebra que prohíbe el otorgamiento de contratos a largo plazo con autoridades de transición, la compañía Bechtel ha obtenido contratos por \$680 millones de dólares para la reconstrucción de Irak. Bechtel es la compañía de George Schulz, ex secretario de Estado y autor de dos pensamientos consecutivos. Uno, antes

de la guerra: “Actuemos ya. El peligro es inminente”. Otro, posterior a la guerra: “¿Quién va a reconstruir a Irak? Yo mero”.

Tal es la injusta causa y la torcida intención de esta guerra: ganar dinero. Es una petroguerra, débilmente justificada por el subsecretario de la Defensa, Wolfowitz, cuando declara con todo candor: “Invocamos la existencia de armas de destrucción masiva por razones burocráticas...”.

La ilegalidad y la muerte, “por razones burocráticas”.

Y 4. *Éxito* de la operación. Bush ganó la guerra y perdió la paz. Irak es victoria a corto plazo y derrota a largo plazo. Bodino, otro de los clásicos preferidos del maestro Pedroso, lo advirtió en el siglo XVII: Nunca libres una guerra que represente mayor daño que beneficio. Los beneficios de las compañías Bechtel, Halliburton, Kellogg Brown & Root, serán borrados por el precio político de la guerra: las bajas militares crecientes de las tropas norteamericanas, el creciente encono entre las facciones iraquíes y el descrédito de cualquier acción militar futura de los Estados Unidos: ¿quién va a creerles la siguiente vez que invoquen un peligro?

Esta terrible e innecesaria guerra nos deja, sin embargo, tareas por cumplir que resultan muy cercanas al pensamiento internacionalista de don Manuel Pedroso:

A partir de la ruina actual, hay que reconstruir un orden internacional fundado en derecho.

La *Pax Americana* es poderosa militarmente. Pero ni económica ni política ni culturalmente puede pasarse de los demás. El unilateralismo es incompatible con la globalización, que es por esencia multilateral. Y la doctrina de la guerra preventiva es la doctrina de la barbarie: asegura el triunfo de la sospecha, el ataque militar no provocado y el derrumbe de toda semblanza de orden internacional.

El terrorismo se combate con servicios de inteligencia que no dañen las libertades públicas ni los derechos humanos: no se combate al terror con más terror.

El terrorismo se alimenta de la miseria económica, de los agravios internos, del fanatismo pero también del desorden y la desigualdad mundiales: no se derrota al terrorismo, advierte Clinton, si no se re-

suelve la manera de gobernar a un mundo interdependiente.

Evoco la sabiduría internacionalista de Manuel Pedroso esta mañana para advertir contra los riesgos de la doctrina del ataque preventivo, que introduce el principio de inestabilidad e incertidumbre permanentes en el mundo.

Evoco a don Manuel para recordar que sólo el consenso entre Estados y el respeto a la ley dan legitimidad a la fuerza y fuerza a la legitimidad.

Evoco las convicciones de mi maestro para que todos luchemos por un orden internacional basado en el derecho, la cooperación y la justicia.

Señoras y señores:

Repito ahora, al concluir este gran homenaje organizado por la doctora Aurora Arnáiz Amigo y presidido por el Director de la Facultad de Derecho, don Fernando Serrano Migallón, las palabras que escribí al morir don Manuel Pedroso en 1958:

Era nuestro amigo, el de todos los que pasamos por su cátedra... Como el Diego de Miranda de la epopeya cervantina, distinguía y comprendía a cada uno. Se enteraba de la forma de ser personal de cada alumno y a cada uno lo encarrilaba por su senda real.

—Maestro —le dije un día—, mi vocación es ser escritor, no abogado. Me cuesta un chingo entender el Código Penal y el Código Mercantil.

—No te preocupes —me contestó Pedroso—, lee a Dostoyevski y entenderás el derecho penal. Lee a Balzac y entenderás el derecho mercantil.

Descubría al internacionalista y le hacía comprender, para siempre, que el objeto de su vida era luchar por un orden de paz en la justicia. Descubría al escritor y electrizaba su vocación con un sentido de trabajo arduo y responsabilidad permanente. Descubría al investigador y acercaba su espíritu para las tareas de la verdad y la crítica. Nunca un maestro dio tanto a tantos. ■

Texto leído el lunes 15 de marzo en el Aula Magna “Jacinto Pallares” de la Facultad de Derecho de la UNAM, en el marco del “Homenaje a Manuel Martínez del Pedroso”.